

cio; un cura que sostiene un crucifijo y el verdugo con una barra de hierro en la mano.

El paciente, estupefacto y terrible, no mira al cura; mira al verdugo. El verdugo levanta la barra de hierro y le rompe un brazo. El paciente ruge y se desvanece. El regidor se apresura, hace aspirar sales al condenado y lo vuelven a la vida; entonces, nuevo golpe de barra; nuevo rugido. Calas pierde el conocimiento; vuelven a reanimarlo, y el verdugo comienza de nuevo, y como cada miembro debía ser roto por dos partes, recibe dos golpes en cada uno, lo cual hace ocho suplicios. Después del octavo desvanecimiento, el cura le ofrece a besar el crucifijo. Calas vuelve la cabeza y el verdugo le da el golpe de gracia, es decir, le destroza el pecho con la barra de hierro. Así expiró Juan Calas. Esto duró dos horas. Después de su muerte apareció la evidencia del suicidio. Pero se cometió un asesinato. ¿Por quién? Por los jueces. (*Viva sensación. Aplausos.*)

Otro hecho. Después del viejo, el joven. Tres años más tarde, en 1765, en Abbéville, al siguiente día de una noche tempestuosa y de gran viento, encuéntrase en el suelo de un puente una vieja cruz de madera que hacía tres siglos venía enclavada sobre unas barandillas. ¿Quién ha derribado la cruz? ¿Quién ha cometido este sacrilegio? No se sabe. Tal vez un viajero; quizá el viento. ¿Quién es el culpable? El obispo de Amiens lanza un monitorio: es una orden a todos los fieles para que digan, bajo pena de infierno, lo que sepan o crean sobre tal hecho; intimidación mortal del fanatismo a la ignorancia. El monitorio del obispo de Amiens surte efecto; el creimiento de las suposiciones

toma las proporciones de la denuncia. La justicia descubre, o cree descubrir, que durante la noche en que la cruz fué derribada, dos hombres, dos oficiales, llamados el uno Labarre, d'Etallonde el otro, han pasado por el puente de Abbéville, que estaban borrachos y que habían entonado una canción de cuerpo de guardia. El tribunal es la Senescalía de Abbéville. Los senescales de Abbéville son dignos de los regidores de Toulouse. No son menos justos. Se expiden dos mandamientos de arresto. D'Etallonde escapa; Labarre es detenido. Lo entregan a la instrucción judicial. Labarre apela de la sentencia al Parlamento de París. Lo conducen a París; se encuentra buena la sentencia, y el Parlamento la confirma. Labarre es conducido a Abbéville cargado de hierros. Yo concreto. La hora monstruosa llega. Comiézase por someter al caballero Labarre a las preguntas ordinarias y extraordinarias para hacerle confesar sus cómplices; ¿cómplices de qué? De haber pasado por un puente y entonado una canción. En la tortura le rompen una rodilla; el confesor al ruido de los huesos que se pulverizan, se desvanece. El siguiente día, el 5 de junio de 1766, conducen a Labarre a la gran plaza de Abbéville, donde se alza una hoguera ardiendo; léenle la sentencia; después le cortan la muñeca; luego le arrancan la lengua con unas tenazas de hierro, y, por último, por compasión, le cortan la cabeza, que arrojan en la hoguera. Así murió el caballero Labarre. Tenía diecinueve años. (*Larga y profunda sensación.*)

Entonces, ¡oh Voltaire! tu lanzaste un grito de horror, y esta será tu gloria eterna. (*Aplausos repetidos.*) Entonces tú comentaste el horrible proceso del